

# LA FERTULIA.

## Suplemento al Nacional, de literatura y de artes.

10 cts.

DOMINGO 3 DE AGOSTO DE 1851.

**Concluyen las aventuras literarias del iracundo extremeño don Bartolo Gallardete, escritas por don Antonio de Lupian Zapata (la horma de su zapato.)**

### CAPITULO V.

*De cómo Gallardete salía de sus campañas literarias con los trastos en la cabeza, y de cómo se hizo villano de la Alberquilla.*

Preso el iracundo extremeño, vino al poco tiempo gente de Madrid con pliegos para el alcaide, en que se mandaba que Gallardete fuese puesto en lo del rey, sacándolo de la real de Castro del Rio.

Tomó, pues, el bibliopirata la vía de Cadiz, desde donde comenzó á hacer fuego contra todo vicho viviente que osaba componer obras en lengua castellana. Cada una de estas que veía la luz pública era una muestra del saber y del buen ingenio de los otros, y una viva acusacion de la impotencia del Gallardete: el cual para sus adentros solía decir:

Pues él no escribe, nadie escriba mientras que Gallardo viva.

Sucedió que dos amigos quisieron traducir en castellano la *Historia de la literatura española*, por Federico Bouterwek. No bien anunciaron su trabajo, ofreciendo completar la obra de aquel erudito alemán, compuso Gallardete, abrasado de envidia, un

opúsculo, criticando la traduccion antes de que saliese á luz, é infiriendo que era mala porque él lo creía así, y punto redondo (1).

Publicóse la obra, y nada dijo el Gallardete. En esto, *La Gaceta de Bayona* criticó ciertos yerros gramaticales que se advertian en la traduccion de Bouterwek; por lo cual Gallardete, que era el perro del hortelano, que no come ni deja comer, así como censuró á los traductores antes de ver su trabajo, por creer que se le entraban de rondón en su mies, no quiso consentir que otro mordiscase en lo que él había mordido; y por ende salió á la palestra disfrazado con el nombre del *Dómine Lucas*, y dió á la estampa un papelote en defensa de los que antes había ofendido.

*«Cuatro palmetazos (se intitulaba este) bien plantados por el Dómine Lucas á los Gaceteros de Bayona, por otros tantos puntos garrafales que se les han soltado &c. &c.»*

Don Antonio Puigblanch, que siempre tonia armada la ballesta, y con el dedo en el liador para disparar contra Gallardete, lo censuró en una de sus obras el haber dicho *puntos garrafales*; «porque si son puntos no son garrafales, y si son garrafales no son puntos (2).

(1) *«Desengaño anticipado á la publicación de la tan cacareada Historia de la literatura española, traducida y adicionada por los señores Gomez-Cortina y compañía; el cual puede ser útil á mas de un cándido y pio lector.»—Año de 1828.*

(2) *Puigblanch en sus Opúsculos gramático satíricos, despues de decir que Gallardete «aunque por tiempos hablaba de es-*

El muy bellaco de Gallárdete viéndose cogido entre la espada y la pared, usó de una bellaquería muy suya. Mandó imprimir nueva portada, en la cual puso en vez de *puntos garrafales*, GAZAFATONES; deshizo la primera, y en los ejemplares que estaban por vender, que eran los mas, trocó las barajas como buen jugador de manos, y diestro en toda suerte de fullerías. Esto emprendió con la intencion de que cuantos leyesen la censura de Puigblanch topasen con que este señor habia inventado defectos que censurar en las obras del trapacista estremeño.

No pasó mucho tiempo en silencio el Roldanillo de las letras españolas. Murió Cean-Bermudez, y un su amigo quiso publicar el Dicionario que aquel erudito escribió de *los profesores de bellas artes en España*.

Gallárdete vió el cielo abierto para ofender à mansalva à un difunto, y así ocultando su nombre con el de Teodoro Gramblalla, censuró à Cean Bermudez, ya con calumnias, ya con decir que no citaba este autor à Juan de la Cruz, pintor famoso, fundándose en que cierto boticario antiguo dió largas noticias de su mérito.

El célebre don Félix José Reinoso, amigo de Cean-Bermudez, llamándose *El enemigo de la calumnia*, embistió al Sanson de Estremadura para probarle que su amigo citó al Juan de la Cruz por su verdadero nombre, que era el de Juan Pantoja, por que así lo escribian todos los que han hablado de las artes españolas, y por que estos en el

*escribir una gramática, se le quitaron las ganas de resultas de una disputa. — Del primer envion (dice) quedó patas arriba, ni volvió à hablar de gramática, à lo menos delante de mí. — Luego recuerda cuando en su propio cuento «le di una fraterua cual no hubiera jamás imaginado de quien tantas le habia sufrido.» Y en otro lugar añade: «Tenemos en campaña al Dómine Lucas, y envainada en su cuerpo el alma de Gallardo, con mas vanidad literaria que tenia montañesa el don Lucas de Cañizares..... No apruebo que don Bartolo maneje todavia, conociéndose y queriéndose muy mal, los bártulos de la gramática castellana: dejela para otros y otros que lo hardn mejor que el.»*

presente caso tenían mas autoridad que el farmacéutico de Gallárdete. Solo à este pudiera haber ocurrido el pensamiento de buscar el nombre de un pintor famoso entre los títulos de los tarros, y entre los ungüentos y parches de una botica.

Algunas que otras quisicosas mas escribió el iracundo estremeño contra los autores españoles que publicaban libros de mérito, pero de ellas no quiero hablar pues seria perder vanamente el tiempo. Baste saber que al cabo se determinó à dar à luz una obra magna: un periódico que se habia de llamar *El Criticon*, y componer de doce cuadernitos, por los cuales pidió anticipado el dinero.

En los primeros era muy para ver aquel soltar del iracundo las flamas y *Gallárdetes*, con el fin de acreditarse de práctico en los mares de las letras españolas, con las salvas de aplausos propios, y con las de los papamoscas que cuando encuentran uno que les dice soy sabio, le llevan el son con calificarlo de sapientísimo.

Pero no bien hizo el Gallárdete dos ó tres disparos, se halló con que la pólvora se acababa; y con que no podia seguir adelante su camino, pues el bajel se llenaba de agua, y ya de puro viejo, y ya por lo pesado de su casco, no servia para navegar el mar afuera.

Desesperado Gallárdete con no encontrar recursos en su ingenio para salir del atolladero con la prosperidad que deseaba, determinó salir de cualquier modo, y para ello compuso el mas iracundo y soez de sus libelos, llamándolo *las letras de cambio*.

De los ofendidos y de los no ofendidos, aunque indignados, tuvo que huir el Gallárdete. Puso pies en polvorosa y anocheió y no amaneció en España, dejando à buenas noches à los suscritores de su *Criticon*, sin *Criticon* y sin dinero: astucia muy digna de Gallárdete, émulo del Bachiller Trapazas.

Tornó à España en 1837, haciendo la deshecha, y buscó camino de salir electo para diputado en Córtes. Por medio de sus embelecos logró que la biblioteca de éstas se confiase à su custodia, por lo cual todos digieron à una

que no es razon natural  
ni se ha visto ni se ha usado,  
que guarde el lobo el ganado,

ni guarde el oso el panal.

Y tanto mas cuanto que era fama que siempre los malignos encantadores andaban detras del Gallardete para no dejarle libro á vida.

Sucedió como se pensó: cincuenta manuscritos de lo mejor y mas raro de la biblioteca *volaverunt*. Quejóse á los cielos el iracundo extremeño; pero hubieron de hacerse sordos. No se hizo tal uno de los diputados, ni manco tampoco, cuando Gallardete, de resultas de la presa de los libros por los encantadores, la tomó con él, por ser quien mas apretaba para la averiguacion del hurto.

Un dia, en el salon de conferencias, dió al don Bartolinico una gentil y sonora cachetina, agraciandole desde luego con el titulo de conde de puño-en-rostro, sin obligacion de pagar á la corona lanzas y medias annatas. Gallardete no fué hombre para devolver á su contrario el titulo: y así se presentó al Congreso de diputados acusando al que le habia dicho lo de adivina quien te dió que la mano te asentó.

No hizo esto á tontas y á locas, pues recordaba que en la escuela solia acusar á los chicos sus compañeros cuando le saludaban con moquetes, y que el maestro para poner paz sentenciaba al agresor á sufrir una buena azotaina en descuento de la cachetina.

Riéronse los diputados, y rióse el vulgo, y el Gallardete quedo corrido á mas no poder.

Esto por una parte, y por otra que se decia que los manuscritos que de la biblioteca de las Cortes robaron al Gallardete, se habian vendido á gran precio á ciertos bibliófilos ingleses. Con lo cual enojado el filósofo, y conociendo que á sus filosofías el mundo no guardaba el acatamiento debido, determinó hacerse medio ermitaño. Compro, pues, una soberbia dehesa, llamada la Alborquilla, cerca de Toloto, y de ella se hizo villano, renunciando al mundo y á sus pompas.

Desde este suceso puso punto en boca por espacio de muchos años, temeroso de que alguno hiciese de aquella cachetina una nueva edicion corregida y aumentada.

## CAPITULO VI.

*De las travesuras apicaradas de Gallardete, despues que se hizo villano de la Alberquilla, con lo demas que cuenta la historia.*

Gallardete, hecho ya villano de la Alberquilla, pasaba la vida del grillo: todo ruido, y mas ruido, y solo ruido. Ofrecia publicar libros; pero como de mañana en mañana la oveja pierde la lana, él iba perdiendo sus papeles en las uñas de los malignos encantadores. Los sueños no le dejaban vagar, y en ellos seguia levantándose á media noche para apresar con los diez anzuelos sus libros y arrojarlos uno á uno en la alberca de la Alberquilla, con el pensamiento loco de que otro era el robado, cuando él era el robador de sí, robándose como se robaba.

Cuentan de un rico avaro (que vivió en tiempos del rey que rabió) que tenia mucho valimiento con S. M. á causa de prestarle dineros cuando la necesidad apretaba. Esto tal (como digo de mi cuento) en tres ó cuatro ocasiones, acusó ante el rey á otros tantos pajecillos suyos, como ladrones uno á uno, pues no era hombre de tener en su servicio mas que un solo lame-platos.

El rey que rabió los mandaba ahorcar para escarmiento de otros que tales. Sucedio que una noche á deshora, fué á la morada del avaro por un camino secreto, y entró en ella por puerta secreta tambien. A los pocos pasos se vió venir á sí, y en paños menores, al rico avaro cargado de joyelos de muy fina perlería, y de algunos jarros de oro. Y como advirtiese que su amigo estaba dormido, no quiso despertarlo, sino llegar al fin de esta aventura. El rico siguió su camino con el rey detrás: llegó á un lugar retirado de la casa: abrió una trampa secreta que habia en el suelo, y arrojó en ella todo lo que consigo llevaba. Volvióse á su lecho y se acostó muy tranquilo.

El rey, como discreto que era antes de rabiarse, tornó á palacio sin decir oste ni moste.

Al siguiente dia, y á la hora de la audiencia, entró en su cámara muy alborotado y con la color difunta el avaro, pidiendo justicia por el hurto que le habia hecho nuevamente un pajecillo, recién admitido en

su servicio. «Es mucha mi desdicha (esclamaba): no hay paje que no me robe: con ninguno tengo segura mi hacienda.»

¿Y cómo la has de tener (respondió con severidad el rey) si tú mismo eres turador?

Con esto contóle, ce por be lo que había visto, dejando al avaro absorto del caso y mudo de vergüenza.

Otro tanto sucedía al Gallardete con sus libros y sus papeles: quejábase de la langosta que le talaba la mies; y él era su propia langosta.

Para restaurar algo sus desdichadas pérdidas, visitaba de cuando en cuando á sus amigos de la corte, trasteaba las librerías de ellos, y en los mejores y mas raros libros, solia poner á vuelo-garra algunas señales con un plomo, ó lápiz (como ahora se dice) y sin que el dueño lo advirtiese. Pasados dos ó tres dias, tornaba á casa del mismo señor, y sobre tal ó cual cosa, viniera ó no viniera á cuento, contaba que el dia de San-Antonio perdió un libro de los mas preciosos, y que por mas señas se intitulaba de este ó del otro modo. El amigo, deseoso de hacer piernas y de darse autoridad con Gallardete, sacaba el ejemplar que tenia. Entonces el villanuelo de la Alberquilla besaba el libro y decia: «Tal como este fué el que perdí; y en tal sitio tenia una señal de mi mano.» Buscaba el señalado y esclamaba: ¡Ay triste de mí! este mismo fué el que me robaron: aquí está la prueba. Proseguia en sus horimicos, y el dueño por no oirlo le entregaba el librote.

Hacia dos ó tres veces mas el juego con el mismo amigo, hasta que este caia en la cuenta, y se veia en la precision de aventar de su casa á aquel ave de rapiña. Despues de mosqueado el Gallardete se declaraba enemigo del mosqueador, jurándose las y diciendolo públicamente que en materia de libros aquel sugeto se alimentaba de la volatería.

Al propio tiempo se querellaba de que todos hacian presa hasta en sus pensamientos, y que se veia en el caso de no poder hablar palabra. Todos los literatos españoles le habían robado pensamientos y apuntes para sus obras: Martínez de la Rosa para la *Historia de las comunidades de Castilla*: Puigblanch para *La Inquisición sin máscara*: Cean-Bermudez para el *Diccionario de los artistas de España*: Duran para su *Romancero*,

y así los demas autores contemporáneos. Pero echó al olvido que la mentira no tiene piés y que presto es cogida; y que en vano se jactaba de haber escrito obras magnas, cuando todos sabian que no era hombre de hacer taza de plata.

Para cerrar con llave de oro esta primera parte de la vida de Gallardete, quisiera don Antonio de Lupian Zapata aventajarse á los mas ilustres autores españoles que han escrito obras de este género. Pero pues no puede hacer mas que lo hecho, se despide de sus leyentes y oyentes, pidiéndoles perdón por los yerros de pluma que se topen en este librote, el cual merece ser puesto sobre las niñas de los ojos de cuantos amen las glorias literarias de la nacion española, por referir tan á la menuda las increíbles hazañas de don Bartolo Gallardete, el iracundo extremeño, el villanuelo de la Alberquilla, el sabio mal sabidillo, el filósofo gavilán, el gavilán agavilanado, el goloseador de librerías, el águila de libros viejos, el patrañero de aboque y abaque, el urracó apicirado, el hombre de digo y no hago, el para poco en escribir, el para mucho en ofrecer, el autor de obras de tú no las viste, el Pedro de Urdemalas, el bachiller Trapazas, el conde de Uñate, el bno traga-cachetinas, el caballero del agarro, el licenciado Talega, el capeador capeado por sí mismo, el que se encomienda á San-piés cuando llueven puntapiés, el de nada yerro y yerran todos, el discreto para sí, el cuchillo de sí mismo, el enano de la venta que asusta con un «si voy allá», el doguillo arrollanado, el para con los buenos soberbio y para con los muy no sé como, tan como qué sé yo qué, el guapo Francisco Esteban, el Narciso de su ciencia, el que miente mas que dá por Dios, el de yo sé que me sé pero todo callaré, el de tilin, tilin, tilin como el asno de San Antolin cada dia mas ruin, ó el asnillo de Aracena que mientras mas andaba mas ruin era, el de envidia cuanto ve por tener mucho por qué, el perro del hortelano, el gatuno, el espantapájaros, el come niños crudos, el que cuando le urgan dice «muera Sanson y cuartos con el son», el presumido de Merlin y que acierta de tres seis, el de me lo sé todo, el lloron maleante, el para ninguno, el buscoa

gran tacaño, el herrero de Mazariegos que de tanto machacar se olvidó del oficio, el bote de todas conservas y ninguna buena, el diestro en gatominar, la cifra del arañó, el pulgar, el gerifalte, el tagaroto, la sarna, la polilla, el sabañón, el salpullido, el Tostado de poquito, el boquirroto, el anzuolo de los manuscritos, el de trampa adelante y trompero trampeador, el maldiciente ex-comulgado á mata-candelas, y en fin, el de alábate cesto que venderte quiero, y el fierabras de mojiganga de las letras españolas.

¡Dichosa Estremadura que tal hijo dió al mundo; y dichosísimo el lugar de Campanario, en donde vió por vez primera la luz del sol el Gallardo Gallardete, para dar tantas campanadas al son de sus gallardías de pluma y de lengua!

¡Mil veces dichoso Gallardete en tener tal patria, en donde los niños antes de saber hablar aprenden á ladrar, diciendo *¡au, ¡au, ¡au,* de donde vino el proverbio para dar á entender cuán propios de Campanario son los ladrados, y cuán arraigados están en los nobilísimos hijos que sustenta: *A Campanario vendrás y el ¡au no te llevarás.*

Y, en fin, cien millones de veces dichosísimo el ilustre autor don Antonio de Lupian Zapata, que nació para coronista del famoso Gallardete, luz de la filosofía y de las letras españolas, terror de propios y extraños y maravilla del orbe.



Aquí feneco la primera parte de las aventuras literarias del iracundo extremeño don Bartolo Gallardete, que escribía don Antonio de Lupian Zapata, metidas en luz á costa y diligencia de un mercader de libros, en la muy noble y muy leal y muy heroica ciudad de Cádiz (Gades otro tiempo llamada) el día tres del mes de agosto del año de nuestra salud mil y ochocientos y cincuenta y uno.



## Poesia.

A continuacion insertamos un lindísimo madrigal, obra de nuestro discreto é ingenioso amigo don Emilio Bravo.

### MADRIGAL.

La espresion de tus ojos no comprendo  
cuando me miran, dulce dueño mio:  
¿el bien me anuncian por que estoy muriendo  
ó tu fatal desvio?  
Las dudas con que lucho  
me tienen ¡ay! desatinado y loco:  
si no me quieres, tu mirar es mucho;  
y si me quieres, tu mirar es poco.

EMILIO BRAVO.

1894

## TEATRO PRINCIPAL.

Parece ya fuera de duda que la empresa del teatro de San-Fernando de Sevilla ha hecho proposiciones ventajosas al señor alcalde para quedar con el Principal de esta ciudad. Mucho nos alegraríamos que lo obtenga, primeramente porque cuenta á la hora esta con una buena compañía dramática y con otra excelente lírica, y porque estamos además convencidos que es de todo punto imposible que se costee una empresa con solo el teatro Principal de Cádiz, á no ser que ajuste actores muy inferiores, y aun esto ofrecía el inconveniente de la poca concurrencia.

Alternando la compañía lírica con la dramática en los dos teatros, ganan Sevilla y Cádiz, puesto que ambas ciudades disfrutarán así de dos clases de diversiones diferentes, sin dar lugar á cansarse de la una ó de

la otra, como suele acontecer cuando es siempre de un mismo género, por muy agradable que sea. Además, siendo diversos los gustos y aficiones de las muchas personas que concurren amenudo al teatro, ¿porqué los amantes á la música habian de estar privados de ellas si solo trabajara una compañía de verso? Por el contrario, ¿porqué los aficionados al verso habian de estar condenados á oír música, cuando habian contribuido siempre al sostenimiento del teatro?

Esta es para nosotros la razon mas poderosa ponernos al lado de la empresa del teatro de San-Fernando, pues sino hubiera este y otros motivos tan poderosos, estaríamos inclinados á que se formara una empresa propia de este teatro. Pero ¿quién se encuentra tan mal con su dinero, que acometa un proyecto que, como la experiencia tiene acreditado, ha ocasionado siempre muchas pérdidas y aun la ruina de algunos desgraciados? Dígase sino, cuál empresa de las que en diversas ocasiones ha tomado solamente este teatro, ha ganado un maravedí. Pero en cambio podemos decir, y consta á todo el pueblo, cuáles han perdido miles de duros.

Por lo tanto, si queremos tener el teatro abierto y que en él trabajen compañías dignas de este culto é ilustrado pueblo, se hace indispensable que se hagan cargo de él empresas que cuenten con otros teatros, con los cuales alteruen las compañías, escogiendo para ello las oportunas épocas, y contrabalanceando de esta suerte las pérdidas ocurridas en unas con las ganancias producidas en las otras.

## Teatro del Circo.

Estrenóse el miércoles último en este coliseo el interesante drama de Carlos Noyer titulado, *El testamento de un soltero*, arreglado á nuestro teatro por don Antonio Novo. Este jóven ha tenido buen tino al escoger para la traduccion un drama que, en nuestro concepto, tiene el mérito, no solo de encerrar situaciones verdaderamente dramáticas y que agitan el ánimo del espectador, sino de contener un pensamiento altamente moral. Consiste en que el calavera del baron de la Oliva, que se habia burlado de los sentimientos mas puros del corazon humano, el escéptico en punto á moral, cambia completamente desde el instante en que descubre ser padre, y mira y contempla á su tierno hijo. El nuevo sentimiento que experimentó su corazon es bastante para obrar un cambio en las ideas del jóven tronera. El carácter de este personaje forma un contraste bizarro con el de la muger á quien sedujo. Este contraste de sentimientos y la lucha de las pasiones que alternativamente agitan á estos dos personajes, asi como al marqués y su jóven pupila, dá lugar á escenas de gran interés, si bien algunas un poco violentas.

No es nuestro ánimo hacer un analisis de este drama, trabajo que pide gran detenimiento, sino manifestar únicamente la impresion que en nosotros ha producido.

La version al castellano está hecha con suma libertad y soltura, por lo que muy justamente fué llamado el traductor á la escena, y aun cuando este se presentó, lo hizo para manifestar que no era obra de su ingenio el drama que se acababa de representar, sino del acreditado poeta Carlos Noyer.

Dispénsenos el señor Novo le digamos

que el público era de ello sabedor por los anuncios de la función, y que al llamar á la escena al traductor, quería darle una muestra de lo complacido que había quedado, así por la buena elección, como por la esmerada traducción que se le presentaba.

Reciba, pues, nuestro más sincero parabién por el éxito que acaba de obtener *El testamento de un soltero*, y continúe dedicándose á arreglar á nuestra escena las producciones de mérito extranjeras, para cuyo trabajo ha dado pruebas de muy buena disposición.

No terminaremos este pequeño artículo sin decir dos palabras acerca de la ejecución.

El señor García comprendió perfectamente el papel del conde del Olivo, lo caracterizó muy bien, hubo momentos en que estuvo muy feliz, especialmente en la escena en que descubre ser padre y va á derramar sus primeras lágrimas sobre el rostro de su tierno hijo. La impresión que este descubrimiento produce en su alma, en un hombre hasta entonces completamente escéptico para esta transición del corazón humano, es muy difícil de ser pintada con propiedad sin esponerse al ridículo; pero lejos de caer en él el señor García, fué precisamente en el momento en que más se elevó, sin duda porque en aquel momento se olvidó que era actor y se creyó el personaje mismo que representaba. Sintió fuertemente, y solo así se puede hacer sentir al auditorio, que le recompensó con muy justas palmadas.

La señora Guerra, el señor Córtes y la señora Concepción Rodríguez desempeñaron sus respectivos papeles como podían haberlo hecho actores de teatros de más consideración. La señora Guerra tiene modales finos y delicados, y dice con bastante inte-

ligencia; así desterrara un poco la monotonía en el tono de voz, y seguramente sería una actriz digna de otro teatro más superior que el del Circo. La señora Rodríguez va adelantando bastante, y es una dama joven que nos agrada por la soltura y naturalidad de su decir, así como de su acción. El señor Córtes, joven de buena educación y de finos modales, es un galán joven que es escuchado con gusto, y contribuyó poderosamente al buen éxito de la función.



Del *Eco de Galicia*, periódico que se publica en Santiago, tomamos el siguiente artículo:

### UNA ROMERIA GALLEGA.

Ninguna iglesia, santuario ó ermita levantada en ameno valle ó colocada entre los caprichosos peñascales de escueta montaña, deja de ser visitada una vez al año. Este día es la fiesta del patron; una aldea se improvisa bajo las arboledas solitarias, ó al borde de inmensos precipicios: aquí se citan los ancianos, se renuevan las amistades, se originan los odios, se entretienen los enamorados y se consuelan los devotos. Empieza con la misa mayor anunciada en la víspera por lo temprano que se recogen los trabajadores, el paseo del gaitero por la parroquia y algunos voladores al anochecer, amen del bullicioso y poco sonoro repique de campanas, y acaba con el baile, teatro de aventuras amorosas, en el cual hace de apuntador el gaitero, y de público quince ó veinte hileras de jóvenes que, sentados en anfiteatro, toman al cespel por una mullida luneta. Muchas veces concluye con riñas y peloterías,

debidas á celos amorosos ó rivalidades de poblacion á poblacion, pero estas bromas son los epilogos del baile que menos gustan al público.

Todos se preparan con anticipacion para gozar de los frecuentes placeres de la romería: los unos ahorran sus salarios para gastarlos en doce horas; los otros se hacen nuevos trages; los de mas allá alimentan con prodigalidad una res para dedicarla al santo, y los de mas acá se ponen de acuerdo para llevar á las fiestas los mismos calzones, iguales plumas en las monteras y las mismas cintas en los botones de sus chaquetas. Las viejas preparan sabrosas comidas y el mejor pan para reunirlo todo en una cesta cubierta por blanca servilleta, y los niños se alegran por las nuevas gorras que deben estrenar en la romería. Los mancebos sueñan con la misa mayor, en que lucirán sus gargantas acompañando á dos capellanes del coro, y las doncellas ponen nuevas cintas á sus blancas cofias.

El soñado dia ha llegado, y los habitantes de la comarca despiertan con el sol y se preparan á viajar en pelotones, cagan lo las horas con las conversaciones y las risas. De todas partes llegan estos peregrinos de pocas horas; el gaitero baja á la parroquia tocando la *alborada*, y salen de sus casas los vecinos de la aldea que lleva el mismo nombre que la iglesia solicitada por un pueblo devoto y de sencillas costumbres. Viejos y jóvenes, hombres y mugeres, se confunden y se encuentran; la alegría se halla en todas partes: el dolor en ninguna. ¿Quién recordará sus infortunios en estas horas de avidez religiosa? ¿Quién volverá la incertidumbre á su corazon en estas horas de entusiasmo, en que hay un altar para el alma, un sol para los ojos, y una multitud que parece animar hasta los mismos árboles cerca de los que se agita?

Los primeros que ocupan el átrio de la iglesia son los mancebos de la aldea, vestidos con lo mejor de la casa, ya con las blancas *cirolas* de lienzo, chaleco corto de grana, camisa de buen cuello sugeto por botones de *realillo*, y un sombrero gacho, ya con calzones de paño pardo, chaleco de pana, chaqueta de Tarazona con rivetes de Se-

govia, y una montera churrigueroscamente adornada de plumas de pavo-real, y relicarios de estaño. Los chiquillos corren de acá para allá, viniendo del cementerio al átrio de la iglesia, y pasan de aquí al portalon de la casa del señor abad, adelantándose hácia la del mayordomo. Aquí y allí vendedoras que gritan sin compas para anunciar sus mercancías, se han colocado desde la madrugada detras de sus portátiles tiendas de rosca y caramelos, hechos con poco esmero, pero que allí son buscados con interés, y el pausado carro, tirado por perezosos bueyes, anuncia la feliz llegada de una buena pipa de excelente vino. A este sonido, todas las cabezas se vuelven, y todas las miradas se comprenden, porque allí llega el vivificador del apetito, y el licor profano de esta religiosa ovacion. Las campanas comienzan á repicar, movidas indiscretamente por los niños que han subido al tejado, y el sacristan de la iglesia abre sus puertas, enciende las velas del altar mayor y colaterales, y arregla lo mejor que puede los libros del coro, que se reducen á un nuevo misal sobre un viejo facistol, y unos bancos para los cantores, alcalde de monterilla y señorones de hotin de paño fino y calzon de triple azulado ó negro.

(Concluid.)



CADIZ: 1831.

IMPRESA DE D. FRANCISCO PANTOJA,  
calle del Laurel, n.º 129.